

San Romero de América

Por Hugo Mamani

A los amigos del Centro Tiempo Latinoamericano.

Su recuerdo de nuestros hermanos mejores, Romero, Angelelli y tantos otros. Con esperanza.

Jon Sobrino

A 15 años del martirio de Mons. Romero, con estas sentidas palabras, Jon Sobrino nos dedicó el libro *Piezas para un retrato*, de María López Vigil, -ejemplar que nos hizo llegar nuestra amiga Clara Dixon-. En él encontramos numerosos testimonios, sin llegar a ser una biografía, de la vida del Obispo mártir Oscar Arnulfo Romero.

Cuando el calendario marcaba el día lunes 24 de marzo de 1980, el pequeño país de El Salvador, se vio estremecido por el asesinato de quien fuera su Arzobispo. Lo mataron con un sólo disparo y él que era uno se hizo muchos, como su pueblo, porque la historia nos recuerda que fue el pueblo salvadoreño quien hizo a Monseñor Romero.

Quien tuviera una carrera eclesiástica brillante, a los 60 años se *convirtió* a los humildes y despojados de su tierra.



Portada de *Piezas para un retrato*

Entonces comenzó a denunciar, a dar voz a los sin voz, comenzó a escuchar, a acompañar y no paró... hasta dar la vida.

Desde la Catedral de San Salvador salió su voz y los aplausos más ensor-

decedores hacia todo el país, los que no podían entrar al templo o los que vivían en las comunidades más alejadas lo escuchaban cada domingo por la radio YSAX. La *Equis*, como la llamaba la gente, era del obispado y

varias veces fue volada por los militares, pero cada vez Romero la reconstruía. Y los que se quedaban sin escuchar, podían conseguir la homilía desgrabada en la Catedral o las parroquias por diez centavos.

Llevó a conocer la situación de injusticia fuera de su país, en cuanta ocasión le era posible, y dió la pulseada en lo interno de la iglesia, sabiendo que había otros que actuaban como él: Mons. Leónidas Proaño, Mons. Mendez Arceo, Dom Pedro Casaldáliga y nuestro Obispo Angelelli, entre otros.

Este año al cumplirse 15 años de su martirio, la ciudad de San Salvador lo vivió como el reencuentro de todos los que apuestan por la vida de los pobres. Muchos acudieron a la cita, como el obispo de Chiapas Don Samuel Ruiz García - quien fuera el que rezó el responso durante el entierro de Mons. Romero-; pero fue el pueblo salvadoreño el protagonista de la memoria de Oscar Romero. Por su parte Monseñor Rosa Chávez, actual sucesor de San Romero, reclamó una vez más la necesidad de individualizar a los asesinos del Obispo Mártir.

Así el 24 de marzo pasado El Salvador vivió la fiesta de su mejor Pastor, de quien Dom Pedro Casaldáliga dijera en su poema *San Romero de América*: "Pobre pastor glorioso / asesinado a sueldo / a dólar / a divisa / como Jesús por orden del Imperio..."

Y para su pueblo que ya lo considera Santo, se hizo el anuncio que están avanzados los trámites para su canonización. Sus hijos salvadoreños eso ya lo sabían, así lo muestra el relato que transcribimos -en esta página- del libro de María Vigil.

HAN PASADO LOS AÑOS

Alrededor de la tumba de Monseñor Romero, en las paredes, sobre la lápida, se han ido amontonando día con día los agradecimientos.

Tablitas de madera barnizada agradecen milagros en los ojos, en las piernas varicosas o en el alma. Plaquitas de mármol cuadradas, rectangulares, a veces de plástico en forma de rombito o de corazón, dan también las gracias al arzobispo por el hijo hallado o por la madre curada, piden la paz, piden la paz, piden la paz y que se acabe la guerra y recuerdan nombres. Hay papelitos donde las gracias son historias, novelas a medio contar, cartas y hasta poemas y cantos. Cartones también, pedacitos de tela, bordados, en blanco, con hilos de colores... Todo lo que dolió está allí, la felicidad recobrada también. No se pierde nada, todo vuelve al regazo de Monseñor.

Una mañana de invierno, el cielo cerrado en agua, un hombre harapiento, pelo encolochado por el polvo, camisa de hoyos, limpia con esmero esa tumba, valiéndose de uno de sus harapos. Apenas amanece pero él ya está activo y despierto. Y aunque el harapo está sucio de grasa y tiempo, va dejándolo limpia la lápida.

Al terminar, sonríe satisfecho. A aquella hora temprana no ha visto a nadie. Tampoco nadie lo ha visto. Yo sí lo vi.

Cuando sale a la calle, necesité hablar con él.

- Y usted ¿por qué hace eso?

- ¿El qué hago?

- Eso, limpiar la tumba a Monseñor.

- Porque él era mi padre.

- ¿Cómo así...?

- Es que yo no soy más que un pobre, pues. A veces acarreo en el mercado con un carretón, otras veces pido limosna y en veces me lo gasto todo en licor y paso la goma botado en la calle... Pero siempre me animo: ¡son babosadas, yo tuve un padre! Me hizo sentir gente. Porque a los como yo él nos quería y no nos tenía asco. Nos hablaba, nos tocaba, nos preguntaba. Nos confiaba. Se le echaba de ver el cariño que me tenía. Como quieren los padres. Por eso yo le limpio su tumba. Como hacen los hijos, pues.

(relato de Regina García)